

# La inspiración humana de J. F. Ràfols

Por Juan Cortés

De las actividades que desarrollaba nuestro querido José Francisco Ràfols Fontanals, no era, ciertamente, la de pintor la menos relevante. Antes al contrario, ya que no fuera la que con mayor intensidad practicó, acaso se dio ser aquella en que su espíritu se reveló con más directa y espontánea efusión. Más, a pesar de ello, no fue nunca pródigo en la exhibición pública de sus obras, aparte de que, con todo y ser su dedicación al arte bidimensional su mejor desahogo, las tareas que en otros sentidos desarrollaba no le permitían producir con mucha abundancia. La cantidad de realizaciones que en esta labor nos dejó, con ser lo suficientemente extensa para representar de modo fehaciente y definir su personalidad, queda por debajo de la de multitud de otros profesionales que vivieron lo que él pero con dedicación total a esta tarea.

Por muchos años fue Ràfols sólo dibujante. Se dio a conocer como tal, si mal no recordamos, en 1919, en ocasión de la primera exposición, en esta técnica únicamente, de la *Agrupación Courbet*, en la que figuraban E.-C. Ricart, Joan Miró, M. A. Espinal, Rafael Benet, José Obiols, etc. Eran los suyos unos dibujos nítidos, precisos, de línea inequívoca, sujetando la forma con rigor y flexibilidad a un tiempo, de inspiración benévola y de punzante expresividad. Su temática era variada pero versaba siempre sobre la figura humana, retratos de sus amigos, muchachas y niñas y escenas de reunión familiar y ciudadana, entre las que abundaban los interiores de café. Todo ello vivaz y sagazmente anotado. Cuando eran retratos, estos dibujos nos daban la fisonomía, el gesto y la expresión del sujeto; las composiciones, donde el trazo se hacía más nervioso y quebrado, se espesaba y graduaba para los sombreados y valores, y el conjunto se ordenaba equilibradamente, sin ninguna pesadez. Los dibujos de Ràfols — que, claro está, y más tratándose de su particular especialización, son mucho más abundantes que sus pinturas — fueron durante

mucho tiempo lo único que del artista pudimos ver. De ellos hubieron de ocuparse con elogio los mejores de nuestros críticos y alguno, sin dejar de alabarlos según merecían, le reclamaban pintase, como hacía Rafael Benet en la *Gazeta de les Arts* de marzo de 1929, en la que terminaba su artículo con estas palabras: «Quisiéramos pedir a Ràfols que se ponga a pintar sin recelo. Lo tiene todo bien preparado para hacer buena pintura y estamos seguros de que aquel poco de miedo que a veces se hace ostensible en sus dibujos desaparecería del todo una vez se acostumbrase a manejar con los pinceles la materia pigmentada.»

Por fin Ràfols se decidió a pintar. Como decía Benet, estaba bien preparado. En su formación ejercieron su influjo infinidad de admiraciones. No podía suceder de otra manera, como en la de todos cuantos artistas en el mundo han sido, en cada época hacia diferentes maestros, lo que en la de Ràfols, y para él particularmente, se produjo, entre otros, por Toulouse-Lautrec y Matisse, aunque no se tradujese en una emulación al pie de la letra, ni mucho menos. En su arte es patente el reflejo de sus admiraciones. Pero también, le es bien propio, y ninguno habrá entre sus compañeros de promoción que emplee en su obra una tan limpia y peculiar fraseología. En sus primeros lienzos, sus antecedentes dibujísticos se revelan por una cierta sequedad en el señalamiento de la forma, una marcada tendencia al recorte de las masas y un determinado predominio lineal sobre las matizaciones, trasposos y valoraciones, así como el asomo de algo que podría ser como una afectación estilística en la descripción de los elementos.

Esta huella de la práctica a que anteriormente con tanta asiduidad se dedicara, continuó siempre rigiendo su obra. El ceñimiento lineal, el rigor del trazo en el acoso de la cabal expresión de un perfil, de una actitud, de un gesto revelador, en la pintura de Ràfols siguió manteniendo sus antiguas prerrogativas. Mas no se ejercían éstas sobre un

Sardanes.





La pequeña Anita con la muñeca.



Dibujo.

armazón al cual fuese aplicado el pigmento, sino que éste se integraba con aquél, haciéndose de más en más pictórico.

Al revés de muchos otros artistas, por otro lado excelentes e irrecusables en cualquier sentido, a quienes su primordial condición dibujística les hace iluminar sus formas sólo como si les aplicasen simplemente unas tintas que si por éstas obtienen un mayor prestigio óptico no ganan nada en su pura calidad pictural, en nuestro pintor el color es entendido, conducido y elaborado formando parte sustantiva del lienzo y jamás como atributo superpuesto al mismo. De todos modos, no fue nunca Ràfols un pintor sensual, amante de la materia por ella sola, aficionado a los empastes ni pródigo en efectismos de virtuoso. No se abandonaba a los arrebatos de inspiración más o menos simulados ni se inclinaba a las grandes orquestaciones o las opulencias cromáticas. Todo ello era para él, para su talento, para su discreción, para su buen gusto innato, algo como las más abominables de las orgías.

José F. Ràfols se enfrentaba a los asuntos menos transcendentales, seductores y golosos para otros pintores, aun los que menos buscan la hermosura y la trivial preciosidad del tema. El sabroso rendimiento que su elocución enamorada, exenta de petulancia, obtenía de sus escenas y escenarios, tan a menudo desprovistos de cualquier explícita amabilidad, es la mejor prueba de una sensibilidad verdadera, viva y alertada para encontrar motivo de goce en todo espectáculo y para la cual no existen prejuicios sobre la belleza objetiva. Con todo, él no se reclusa exclusivamente en este círculo de espectacularización y, aunque sabía complacerse en la marmolita, el níquel, el esmalte, el cromado, la hojalata y los infames azulejos y plásticos de bares y lecherías anodinas, abrumados por su propia vulgaridad, también gozaba en espectáculos más amables y bellos. Después de recrearse en la lustrosa y chabacana frigidéz de aquellos ambientes y los elementos que los configuran, gustaba de evocarnos otros en que son más amorosos y cálidos los accesorios y materiales que los forman y cuya atmósfera es mucho más íntima y acogedora. Así,

luego nos daba sus rincones de café de barrio, sus pequeñas escenas familiares, sus interiores quietos y recogidos, habitados por una sola figura, en los que a través de su tan bien ajustada luminosidad y la valoración exacta de los objetos se nos hace perceptible la presencia del clima de paz y cordialidad que constituía el fondo del espíritu de su autor.

Pero fuese cual fuese el sujeto de la obra, ni las tabernas con sus anaqueles de botillería y sus hórridos depósitos de aceite, las lecherías anodinas con sus utensilios disgraciosos y otros temas de pareja carencia de estímulo lírico, o los interiores de café, ni sus tiendas, sus anécdotas íntimas o al aire libre y sus dulces figuras de adolescente e infantiles, afectan para nada la calidad intrínseca de su pintura por ningún influjo emanado de su categoría. Antes al contrario, diríamos que la más honda sensibilidad del artista se complacía en mayor medida en la demanda de esta expresión ingenua, sensitiva e inteligente, que era la característica de su arte sobre los temas que menos parecían prestarse a su contemplación con vistas a ser convertidos en pintura.

Y con todo y su profunda capacidad de percepción, su aguda mirada observadora, su actitud frente al mundo, del que no ignoraba, ni mucho menos, las penas y tristezas, las ridiculeces y miserias, no se tradujo jamás en la morbosidad del sarcasmo y la amargura. En sentido totalmente opuesto, estaba inspirada por una pura y quieta alegría, una alegría hecha de simpatía y ternura, encantada con la candidez de la infancia, con la sana y fresca juventud, con la apacible normalidad de las cosas sencillas y de las vidas humildes. No se ponía ante las mismas para especular a base de un fingido populismo soberbio y condescendiente, regodeándose en la poquedad de sus vuelos, que tantas veces ha sido fórmula de muchos artistas modernos, pero sí con una cordialidad comunicativa y fraterna. Y ésta es la que, incluso por encima de la depurada y exquisita calidad de su obra como creación pictórica, le depara el activísimo poder de persuasión con que llega hasta nuestra sensibilidad.